

Mario Antonioletti

América y la libertad



DESDE su descubrimiento, y especialmente desde el siglo XVIII, América es considerada la tierra de promisión y de la libertad.

Las más locas ambiciones materiales del inmigrante han ido siempre acompañadas de la experiencia de una efectiva expansión y elevación de la conciencia humana, ya sea que se tratara de los puritanos, de los aventureros de Cortés y de Pizarro, o de los humildes campesinos irlandeses e italianos.

Sin embargo, es dable preguntarnos: ¿responde esto a una realidad espiritual permanente, o se trata de un fenómeno psicológico colectivo de carácter transitorio, provocado por las grandes corrientes inmigratorias? O acaso la libertad americana es un simple mito, creado por las aspiraciones irrealizadas de los europeos y alimentado por la fraseología demagógica americana.

Y, en el caso de tratarse de un mito, ¿cuál es su sentido profundo? ¿Qué importancia tiene o puede tener América en el progreso de la cultura?

Nosotros observamos, por dondequiera dirijamos nuestra mirada, que existen antagonismos, luchas, odios, guerras, dictaduras y coacción. Y todas nuestras almas aspiran, en un grado, menor o mayor, a la paz, a la justicia, a la fraternidad y a la libertad. El contraste es evidente.

Ante este contraste se reacciona por lo general de una mane-

ra inadecuada. Algunos expresan su pesimismo en el porvenir de la humanidad; otros tratan de engañarse a sí mismos (y lo consiguen) pronunciando palabras retóricas. Los sucesos parecen confirmar las previsiones más pesimistas y las doctrinas más despectivas hacia los ideales de libertad, paz y fraternidad.

¿A qué se debe esto?

La libertad ¿es puro espejismo romántico? Y, si corresponde a alguna realidad, ¿cómo podrá afirmarse por encima de los antagonismos contemporáneos? Y el Continente americano, ¿puede aportar al mundo fuerzas positivas, que impriman a la sociedad un ritmo más amplio y de mayor libertad

Tales son las preguntas a las que pretendemos esbozar una respuesta.

La falsa concepción de la libertad

Nunca antes de la época moderna, la palabra «libertad» galvanizó tanto a los hombres, pero jamás fué mayor el contraste entre lo dicho y lo hecho. Cuanto más se habla de libertad, más parece que los hombres se hunden en la esclavitud.

Muchos dicen: «la libertad ha fracasado; hay que suprimir las libertades; la dictadura es lo mejor».

Pero la verdad es muy distinta. La libertad no ha fracasado; los que han fracasado han sido sus apóstoles, sus doctrinarios. Estos se han equivocado, y con sus errores han traicionado a la libertad. Los errores de pensamiento acerca de nuestros ideales llevan a realizaciones absurdas.

Los doctrinarios hicieron de la Revolución Francesa una «fábrica» de la libertad para todo el mundo. Se consideró que los hombres eran por su naturaleza, buenos, sabios y amantes de la libertad, y que sólo necesitaban libertades políticas para demostrar que así son.

Desgraciadamente, la libertad no es algo que pueda obsequiarse a nadie. No es lo mismo que el pan, que lo fabrica el panadero con el trigo del agricultor, transformado en harina por el

molinero. La libertad es un «valor» espiritual; es algo que tiene sentido sólo en cuanto el individuo lo actualiza, lo *vive*, en sí mismo. Sólo el que piensa como hombre libre puede actuar con libertad; sólo el que se libera de dogmas, prejuicios, ídolos y autoridades externas, puede actuar libremente.

Al proclamarse los Derechos del Hombre y las libertades políticas, se olvidó precisamente que tales derechos no han de ser algo abstracto ni fórmulas válidas indiferentemente para todos los hombres, como el pan o las casas. Los derechos tienen sentido sólo en cuanto se refieran a individuos determinados, capaces de ejercerlo. Suponer que cualquier individuo tenga un «derecho», prescindiendo de sus condiciones específicas, es simplemente injurioso; porque se le supondrá un derecho que, *de facto*, se encuentra en muchos casos en la imposibilidad de ejercer.

La libertad no puede imponerse

En la práctica, existen varios impedimentos para ejercicio del abstracto «derecho» a la libertad, consagrado por la Revolución Francesa.

Hay impedimentos de carácter técnico, cultural, económico y moral o espiritual. Nos limitaremos a exponer estos últimos, que son los más importantes para el desarrollo de nuestro tema.

No es posible obligar a ningún individuo a ser libre. Si vosotros lo liberáis de un amo, buscará o se fabricará otro: lo encontrará en un demagogo de izquierda o en un personero de las ideas más reaccionarias. La gran mayoría de los seres humanos buscan un amo. Los hombres que desean ser verdaderamente libres son muy escasos.

Y en efecto, casi todos los hombres buscan un fetiche sobre el cual descansar. Hasta los investigadores científicos buscan por lo general la «verdad» sólo con el propósito de evitar de pronunciarse sobre los problemas esenciales de la vida: y en nombre de la ciencia evitan toda responsabilidad de pensar en

cosas demasiado elevadas. Entre los espiritualistas y ocultistas, podemos constatar que son sumamente escasos los que realmente quieran conocer la verdad, la verdad desnuda, cualquiera que pueda ser: lo que buscan es algo misterioso y poderoso que se convierta en el amo de sus almas. Quieren descubrir un maestro o una escuela esotérica en la que depositar toda la confianza, y evitarse así el trabajo de pensar mucho con su propia mente. Son perros que buscan un amo. Si esto es cierto con respecto de los espiritualistas, podemos imaginarnos fácilmente lo que sucede con las demás personas.

De ahí que podemos observar—como observó un escritor contemporáneo—, un aumento grotesco de la confianza en sí mismo en los hombres que obtienen títulos y grados honoríficos o de las instituciones llamadas «esotéricas»; lo que desean es obrar en nombre de lo que no son ellos mismos, esto es, desean obrar sin libertad.

Las causas de los desastres de la liberal-democracia

Si así están las cosas, es posible comprender las causas de los desastres que han provocado las doctrinas democráticas y liberales.

Los doctrinarios de la libertad han confundido ésta, que es un «valor» espiritual, con los numerosos artículos que el hombre puede fabricar en serie y ponerlos a disposición de sus semejantes. Por este motivo, pretendían, con toda buena fe, salvar al mundo ofreciendo, regalando e imponiendo la libertad.

Esta confusión, extraña y monstruosa, ha constituido el substratum de todas las elucubraciones liberales y democráticas.

No es de sorprenderse, por lo tanto, que partiendo de una concepción errónea, se hayan orientado de una manera sumamente peligrosa la legislación y la acción política y social. Se llegó a creer que la realización de la libertad consiste esencialmente en suprimir leyes. Y esta es, aun hoy día, la teoría que sostienen

mucho de los llamados liberales, y que en realidad nada entienden de libertad, ya que la confunden con artículos manufacturados. No es una mera casualidad que las doctrinas liberales se hayan bautizado con el nombre de Escuela de Manchester, ciudad esencialmente de industriales y mercaderes: de ahí salió la libertad convertida en artículo industrial, y en condición de producir opimas rentas, especialmente como artículo de exportación para el Asia: y, como ironía, la primera guerra por la libertad de comercio en el extremo Oriente fué la que los ingleses sostuvieron para imponer el libre comercio del opio en China.

La supresión de muchas leyes fué muy útil en un principio, ya que las instituciones político-sociales de la Edad Media eran demasiado rígidas para encauzar el dinamismo económico moderno. Sin embargo, esto en nada justifica el exceso doctrinario de concebir la realización de la libertad como la *ausencia* de leyes humanas, ya sea gubernativas o sindicales.

Sea lo que sea la libertad, no es algo antagónico a las leyes; por el contrario, es algo que armoniza perfectamente con ellas, o cuando menos que *puede* armonizarse. Así, desde su nacimiento la poesía nace imponiéndose a sí misma reglas de expresión. Las obras maestras de la humanidad son solamente aquéllas en que tales reglas se observan fielmente. Los grandes poetas y artistas (los realizadores de la libertad del espíritu en la forma) son los que practicaron todas las reglas con tanta soltura que parecía formar parte de su misma naturaleza. Los grandes pianistas son los que han practicado muchos ejercicios, conocen las reglas musicales y las utilizan automáticamente: la «libertad» de interpretación y de creación musical, requiere como condición previa este automatismo. Las fugas de Bach son grandiosas precisamente, porque su ejecución requiere un completo dominio y automatismo de los dedos, de la misma manera que su compositor tenía un absoluto dominio de las reglas de la composición y ejecución musicales. Todos los milagros de la técnica se han realizado no solamente respetando las leyes de la naturaleza,

sino también las más arbitrarias exigencias del público, de la moda y de las firmas industriales, a las que el inventor se amolda como a otras tantas leyes.

En suma: las «leyes», ya sean naturales o auto-impuestas por el hombre, no son necesariamente contrarias a la libertad, sino que por lo general son el único punto de apoyo para las más altas creaciones materiales y espirituales. Una libertad «absoluta» sería la aniquilación de toda manifestación relativa. Sin leyes ni reglas no existiría ni técnica, ni juegos, ni creación artística.

En tales circunstancias, resulta evidente lo erróneo de las doctrinas liberales, según las cuales el Estado ideal sería el que no interviniera en nada y al cual sólo se le tolerar en sus funciones de policía, seguridad territorial y administración de la justicia.

Esta concepción fué fatal, porque hizo siempre incierta, tímida y desordenada la intervención del Estado en los negocios de interés general. Fué fatal, sobre todo, porque el ausentismo de los poderes públicos retardó la formación de una moral que rigiera las relaciones comerciales internacionales, de manera que el comercio se hizo sinónimo de inmoralidad y lucha sin cuartel. Por último, fué fatal porque los desaciertos de las democracias liberales fueron tan grandes que los hombres, siempre dóciles a los excesos, se lanzaron a las más peligrosas aventuras dictatoriales.

Es así que la situación presente de un mundo erizado de bayonetas y cañones de innumerables dictadores, es la natural consecuencia de una concepción falsa de la libertad.

La libertad del hombre y el «orden natural»

Un error muy grave de los doctrinarios liberales fué el de ver un irreductible antagonismo entre las leyes del hombre y las de la Naturaleza, y de atribuir un valor superior al «libre juego»

de las leyes naturales por encima de las reglas que el hombre pueda dictar a las actividades económico-sociales.

La historia demuestra la falsedad de esta concepción filosófica, formulada por J. J. Rousseau y especialmente por los fisiócratas.

Esta concepción filosófica es esencialmente idéntica a la del Paraíso perdido y a la de la Edad de oro. Es la renuncia del sentido de responsabilidad a favor de la contemplación de un pasado fabuloso. Es la debilidad que, espantada ante la tarea por realizar, convierte al ideal en un *recuerdo*, y lo que no existe aún en algo que existió y se ha perdido.

El «orden natural» es en realidad *inferior* al nivel humano. Combatir las leyes humanas para ensalzar el «libre juego» de las leyes naturales, ha sido la pretensión más anti-filosófica de los siglos XVIII y XIX.

Sería ridículo considerar como un triunfo de la libertad el desborde de las aguas de un río, de tal manera que inundara una comarca poblada y cultivada. Porque la «libertad» de las aguas constituiría una «esclavitud» para los hombres.

La libertad humana puede afirmarse sólo esclavizando las aguas de los ríos que amenazan desbordarse.

Y en general: la libertad del hombre se manifiesta a través del dominio de las reglas de la gramática, empleadas por él como *instrumentos* con el fin de expresar por su intermedio ideas y doctrina, cuyo «sentido» es tan superior a las reglas gramaticales, como lo son las inspiraciones que el escultor infunde en la piedra, con respecto de las herramientas que emplea para esculpir.

Y aun dentro de la Naturaleza, todo lo que es *vivo* es la afirmación de superioridad al «libre juego» de las «leyes inexorables». Así, por ejemplo, es lo que ocurre con los procesos de la vida vegetal y animal: sólo en los *cadáveres* empieza a actuar el «libre juego» de las leyes químicas y físicas, mientras el organismo vegetal o animal vive, los procesos físicos y químicos

están obligados a sujetarse a un marco y a un ritmo que les son impuestos desde un plano más elevado.

Sólo en una sociedad hecha «cadáver» (tal como lo es de hecho la abstracción de una sociedad humana en que el individuo se concibe sólo como «homo economicus»), podrían actuar en «libre juego» las «inexorables leyes» de los economistas fetichistas; porque donde el hombre *vive*, vibra algo que modifica el rumbo de las fuerzas naturales y las polariza hacia el espíritu.

Esto quiere decir que la libertad del hombre sólo puede afirmarse esclavizando muchas fuerzas económicas, modificando profundamente la manera de actuar de las leyes naturales, que en la actualidad, por «jugar» demasiado «libremente» esclavizan a la humanidad

Normalmente, la ley natural de la gravitación tiene clavado al hombre a la tierra; pero el espíritu humano se adueña de esta ley, y apoyándose en otras leyes, se lanza a la conquista del espacio. Así como las reglas de la gramática no impiden expresar nuestros pensamientos, sino que facilitan la expresión, lo propio sucede con las leyes naturales. Pero se precisa *dominarlas*, manejarlas como hace un músico con el teclado del piano para dar vida a una creación musical; o como hace, en un plano inferior, el dactilógrafo para dar una expresión escrita al pensamiento. Para el pianista que no dominara el piano, de ninguna utilidad le sería mover las manos sobre el teclado de la manera más «natural» posible: la «libertad» del artista requiere que éste, como condición previa, aprenda a dominar de tal manera las reglas de ejecución que el actuar conforme a ellas se transforme en un perfecto autómeta.

Libertad y disciplina

No existe, pues, antagonismo alguno entre las leyes humanas y la libertad, porque ésta se afirma por medio de aquéllas. Lo único que importa tener presente es que tales leyes se dicten

y se apliquen para facilitar, y no para impedir, la expresión del espíritu humano.

Por otra parte, siendo la sociedad una creación humana, desde la fijación de los «valores» económicos hasta la realización más alta del espíritu es evidente que lo que puede armonizar realmente los intereses individuales y colectivos, no son leyes «naturales», ni es aplicable el lema del «dejar hacer, dejar pasar». La regulación de los negocios humanos sólo puede ser el resultado de una elucubración de los hombres, esto es, de una actividad creadora, de un esfuerzo continuo para superar las condiciones de cada posición de equilibrio, el cual siempre será «natural» (porque todo efecto tiene sus causas), pero que el hombre puede desestimar.

De lo anterior se desprenden dos conclusiones, aparentemente contradictorias. La primera es que precisa combatir enérgicamente el fetichismo que los liberales han creado con respecto de las «leyes naturales». Estas son simples reglas gramaticales para la actividad del hombre: y así como no le han impedido inventar máquinas para correr, volar y realizar otros prodigios absolutamente «anti-naturales» para el hombre del Paraíso terrenal y de las cavernas, tampoco pueden invocarse las leyes naturales para impedir la organización sobre nuevas bases, de la sociedad. La segunda conclusión es que el horror que los liberales han siempre demostrado hacia la intervención en la economía del Estado, del Municipio y del Sindicato, es totalmente injustificado. Si el hombre ha podido crear una técnica de producción, puede crear muchas otras técnicas, en el campo político, económico-distributivo, etc.

Para realizar libertad, es preciso evitar hacerse fectichistas de las «leyes naturales»; y por otra parte no hay que despreciar tanto la obra del hombre como para alimentar un verdadero horror hacia la intervención en la economía del Estado, del Municipio, de los Sindicatos y eventualmente de otras instituciones de derecho público

Libertad: ¿para quién?

Los economistas liberales han defendido, esencialmente, esta teoría: dejando la máxima «libertad» a los *fenómenos* económico-sociales (producción, precios, transportes, comercio, etc.), gozarán también de la máxima libertad *el Hombre*.

La presente situación del mundo es una demostración elocuente de lo absurdo de esta teoría. Pero lo que importa observar aquí es que la libertad del hombre sólo puede realizarse a través de un determinado dominio de los fenómenos, para reducirlos en muchos casos a un perfecto automatismo. Si en el campo económico se suprimieran ciertas «libertades» y «derechos», resultaría de ello inmensos beneficios para la política y la cultura. En todo caso, hay que decidirse: el «libre juego» de los fenómenos y la «libertad» del hombre están en un antagonismo irreductible.

Por otra parte, la libertad no puede realizarse desde afuera, por medio de organizaciones políticas que presupongan hombres *ya liberados* interiormente. Los seres humanos no se hacen libres ni con la proclamación de los Derechos del Hombre, ni con la revolución social de los anarquistas. La creencia de que la instauración de la libertad sea posible por tales medios declamatorios, nos ha llevado precisamente a las dictaduras contemporáneas.

En efecto, la libertad actúa como un verdadero cataclismo para los hombres que no están maduros para ella. ¿Cómo es posible convencer que el ideal supremo es la libertad a masas que no pudieron nunca gozar de beneficio alguno de esa abstracción; a las masas cesantes; por ejemplo, de la Alemania de los años de 1929 a 1932, cuando la «libertad» era para ellos sinónimo de muerte por inanición y hambre? Mejor un amo que ofrezca un mendrugo de pan todos los días, a la muerte por desesperación. Y desde su punto de vista no puede negarse que tenían razón. ¿Qué podía exigírsele a esas masas, que por el hecho de pertenecer a un país culto, no dejaban por eso de formar parte

de gente capaz de iniciativa y de libertad sólo en un grado mínimo?

Y de hecho, fueron los cesantes los que decidieron el triunfo del naciismo. Y actualmente son esos ex cesantes que tienen un mendrugo de pan asegurado, los que constituyen la gran fuerza del naciismo alemán.

¿Cómo es posible realizar la libertad?

El punto esencial que hay que tener presente para superar los errores que han determinado las dictaduras actuales, es el siguiente: *la Libertad es un fin que la humanidad puede realizar sólo progresivamente, a través de un largo proceso.*

Por lo tanto, las instituciones políticas no deben basarse en la hipótesis de que los hombres estén ya maduros para la libertad; deben basarse en el hecho real de que los hombres tienden hacia el ideal de libertad, pero que su capacidad de expresarla es por lo general muy limitada.

Las instituciones sociales y políticas deben amoldarse a dos exigencias opuestas: por una parte, a que *la tarea de la humanidad es de producir hombres libres*; y por la otra, *amoldarse a la actual escasez de hombres libres.*

Este punto de vista nos permite mantener la más amplia imparcialidad en la época presente, y condenar con igual fundamento a las declamaciones libertarias de los anarquistas y de los liberal-democráticos y a las reacciones dictatoriales, que por haber fracasado el sistema liberal, encuentran justificado todo atropello a la dignidad humana, toda supresión de libertades cívicas.

Aplicando las conclusiones arriba indicadas es lógico orientarse progresivamente hacia *una concepción nueva del Estado*, en la que autoridad e individuo, libertad y gerarquía no impliquen los terribles y sanguinarios conflictos que aun hoy día sig-

nifican en Italia, Alemania, Rusia y, en mayor o menor grado, en todos los países del mundo.

Para nosotros deben ser igualmente inaceptables las doctrinas liberal-democráticas que presuponen ya realizada la libertad en el alma de los hombres, y las doctrinas que aun sea en nombre del espíritu, traten de justificar la vejación del alma humana.

Si bien es cierto que la mayoría de los hombres no está preparada para la libertad, no es menos cierto que *su tarea en la escuela de la vida es de aprender la difícil lección de hacerse libres.*

Por otra parte, no tienen importancia alguna los fracasos que se presenten en este camino de realización de libertad, porque es sólo a través de los fracasos como puede aprenderse la lección de la libertad. Para llegar a ser libre, no hay más que un medio: atreverse a marchar solo, asumir la responsabilidad de todos los propios actos. Los errores y prejuicios constituyen el precio que es menester pagar a la libertad: y por cierto que vale la pena pagarlo.

Lo que sí puede obtenerse es que las instituciones sociales funcionen de tal manera que los perjuicios que causen los errores cometidos individualmente en el aprendizaje de la libertad queden circunscritos en el radio de acción más limitado posible. Para ello, habrá que introducir las reformas necesarias.

Todas las instituciones políticas, culturales y económicas deben transformarse en otras tantas *escuelas de libertad*. Los principios de Psicología Genética, aplicados por el Dr. Ferrière y la señora Montessori en la educación de los niños, constituyen los primeros y tímidos ensayos de lo que en el futuro será *el arte de gobernar a los pueblos*. Porque el arte de gobernar no consiste simplemente en mantener una situación de equilibrio u «orden»; consiste esencialmente en «educir» las fuerzas latentes de la humanidad (económicas, raciales, artísticas, intelectuales, etc.). El arte de gobierno consiste, pues, fundamentalmente, en

educar para la libertad y para el libre ejercicio de los poderes creadores del espíritu.

Por cierto, esta concepción nueva del Estado ha de parecer absurda, tanto a los políticos «prácticos» y superficiales de hoy día, como a los doctrinarios del Estado llamado «liberal». Sin embargo, la concepción que hemos expuesto está madurando ya en el inconsciente colectivo; y es la única que permitirá superar tanto al simplismo de la democracia demagógica (que se basa en la hipótesis de la existencia de hombres ya libres y maduros para la libertad), como al simplismo despiadado, y a veces criminal, de los partidarios de las dictaduras.

La libertad en América y en el mundo

No es el caso de pronunciarnos aquí acerca de cuáles pueden ser los medios para conciliar en la sociedad el ideal de libertad con las condiciones en que se encuentra en su evolución la conciencia de los ciudadanos. Nuestra tarea es sólo de carácter orientador. Por lo demás, la cuestión de los medios prácticos es una tarea que no puede resolverse por un solo individuo, sino por grupos de individuos vivificados interiormente por una justa comprensión de la hora presente.

El objeto de este artículo es contribuir para que las nuevas generaciones americanas, venciendo los mirajes engañosos de las dictaduras, se orienten decididamente hacia el ideal de libertad. Para ello es indispensable que un grupo de hombres capaces de pensar por sí mismos trabajen, cooperando libremente en un esfuerzo creador y orientador en la sociedad americana. No importa que este grupo sea pequeño.

En el campo de la realización de los valores espirituales, el número no tiene importancia: lo que importa es sólo la vitalidad del impulso, que está en función de la profundidad de la comprensión y de la correspondencia que se establezca entre las ideas renovadoras y las instituciones existentes.

En verdad, América es el continente en que el ideal de libertad *puede* realizarse con mayor amplitud que en Asia y Europa. Porque en el Nuevo Mundo los conflictos sociales e internacionales pueden plantearse en un plano más elevado, por lo cual es posible eliminar los medios muy violentos. Es esta la constatación de un hecho, en cuya explicación no es el caso de entrar ahora.

América es la gran heredera espiritual de Europa. El amor a la libertad, sólo en Occidente adquirió importancia social, con los mitos de Prometeo, de Lucifer y de la «caída» de Adán. El continente americano ha de ser el continuador del anhelo de Europa.

Es esta una *posibilidad* efectiva, pero que para traducirse en acto requiere la iniciativa de espíritus realizadores.

Lo que debe tenerse presente es esto: los americanos pueden tomar como *punto de partida* las conquistas técnicas, científicas y filosóficas de Europa; esta posibilidad constituye de por sí un manantial de promesas gloriosas para el futuro de América. Pero, e insistimos sobre esto, las conquistas europeas han de tomarse *como puntos de partida* y de ninguna manera como *ideales*; han de tomarse como *base* y no como *techo* para cobijarse contra el misterio del porvenir. En suma, nada de lo europeo ha de despreciarse; pero es menester utilizarlo *como materia prima*, para ir más adelante.

Esta actitud permitirá superar la retórica «americanista» de todas aquellas personas que por su carencia de cultura están incapacitadas para asimilar los valores positivos del Viejo Mundo; y por otra parte, crear el dinamismo que impulse adelante, sin esperar las consignas europeas.

Y esta actitud es la que, más que en cualquier otro campo, es menester mantener ante el problema de la realización de la libertad.